

SINEU

AÑO II

SINEU 14 DE OCTUBRE DE 1906

NÚM. 22

ARTÍCULO DE FONDO

(LA MAR DE FONDO)

No porque lo que digamos en estos renglones, haya de pasar por doctrina de hombres sabios nacida al calor de una profundísima meditación que se apoya en las bases casi inmovibles de la instrucción más sólida, hemos escrito el epígrafe del introito, no; más humildes nuestros propósitos aspiramos solamente á exponer nuestras ideas para que el buen criterio de los imparciales lectores que nos leen y ven porque nos leen y miran, las juzguen á tenor de su más libre albedrío. Nos sentiríamos profundamente ofendidos si se nos atribuyese el intento de clasificar nuestro modesto trabajo entre los artículos de fondo, por considerarle destinado á embrollar la inteligencia del lector siempre discreto; que ¡señores!, no han faltado maliciosos que, sin considerar á los periodistas, no hayan supuesto allá en la región de su materia gris tal misión á los escritos que han tratado, con más ó menos seriedad, de política, de administración, de economía, etc. Hemos dicho querer manifestar nuestras ideas. Pues bien; como son una operación del entendimiento y en medio de la babel de nuestros días el entendimiento se hace poco vulgar, nos ha dado por llamar artículo de fondo á esta nuestra composición, para que ya á primera vista avive la atención de las personas de criterio que saben distinguir lo real de lo intópico, y que en las cuestiones serias y circunstancias críticas procuren salvar sus derechos individuales sin faltar á los deberes que les impone la patria.

Por lo que llevamos dicho, pueden nuestros lectores ver con claridad nuestros propósitos y adivinar ya cuales son nuestras ideas. Sin embargo, para que no se nos diga que somos poco explícitos y alguien, lego de solemnidad, nos trate de inconsecuentes, pulverizaremos la cuestión para que esté al alcance de quien quiera entendernos.

No importa salir de Europa para dar con un espejo en donde Sineu pueda mirarse, Rusia, Francia, Inglaterra... Pero ¿á que señalar estas naciones si puede servirse perfectamente de la misma España? Fijémonos en lo que ha sucedi-

do á esta nuestra nación y siquiera por analogía podrá ver el menos docto el bien ó el mal que en su día puede sobrevenir á Sineu.

No es necesario fijar nuestra mirada en Túbal ni en Tarsis. Podemos muy bien dejar á los iberos, fenicios, griegos y celtas. No nos importa la España cartaginesa ni la España romana. Muy poco ó nada nos pueden ilustrar las vicisitudes de los godos ó visigodos. Descansen en paz los emires. Pasemos la reconquista á que dieron cima los Reyes católicos. Ni Cisneros, ni Carlos V, ni los Felipes han de echar luz sobre lo que nosotros buscamos. Lo mismo podemos decir de Carlos II y de los restantes, de los Fernandos, de los Luises... Pero ¿quién no se para, para considerar, dados los tiempos que atravesamos, quien, digo, no se para por considerar á Pepe Botellas? ¿Que horizontes para Sineu descubren desde aquí los pensadores!

Nuestra conciencia nos dictó siempre que obrásemos conforme nos pareciese. En el caso actual entendemos que decir más del asunto en cuestión sería favorecer poco á los que nos honran leyéndonos, puesto que han comprendido perfectamente nuestra opinión y quizás la entiendan tanto ó más que nosotros.

Esto no obstante, debemos manifestar que, aún sabiendo que á los redentores se les crucifica, no nos separaremos nunca del sendero que sigamos y diremos siempre cual sea nuestro modo de sentir. La verdad es nuestro Dios, España nuestra patria y Sineu nuestra cuna.

ZORRO

Madrid 1.º de Octubre de 1906.

OTOÑO

Canción

Con el otoño perdidas
Son las claras y lucidas
Alboradas,
Y las flores del estío
Yacen en el valle umbrío
Deshojadas

De los árboles desnudos
La vestidura luciente
Primorosa,

Ya de aquilones sañudos
Arrebata la corriente
Presurosa.

Al melancólico suelo
Ya la lumbre del sol bella
No aparece:

Lleno de sombras el cielo,
En las noches ni una estrella
Resplandece.

Ya la lluvia se derrama
Entre la amarilla grama,
Y acrecienta
La desolada tristura
Que en la desierta llanura
Se presenta.

El campo tristeza ofrece,
La población enfadada
Tedia inspira:
Tú mis horas embellece,
Compañera deliciosa,
Blanda lira.

Otros busquen en buen hora
La dicha de sus amores
Ponderada:
Tú con risa encantadora
Me darás dichas mayores
Retirada!

Otros oigan extasiados
Acentos enamorados,
¡Lira mial!
Sólo á mi tu canto grave,
O tu melodía suave
Me extasia.

Percances del Oficio

(De aquí y de allí)

El de escritor tiene sus quiebras; no da para comer, pero, en cambio, ¡que disgustos ocasiona!

Un suelto, una crítica, un artículo de Ni-quiñaque, ¡que gritería levantan! ¡Que escándalos producen.

La severidad siempre es funesta. ¡Como que responde á este grito de la sociedad moderna, que deriva la libertad de la ilustración y la esclavitud de la ignorancia, proclamando la igualdad ante la ciencia! Al contrario la zalamería ¡que es de dulce y que de provechosos reporta! ¡Como que es la prima hermana mayor de la mismísima adulación!

Diga usted que Fulano es listo. Mengano un Cid y Zutano una persona bien educada; y

los aludidos, á quienes de fijo se les calumnia, se encargaran, libro ó periódico en mano, de encarecer los méritos que usted no tiene, en provecho de los propios que ellos mismos se suponen.

—¿Ha visto usted *El Rábano* preguntarán al primero que hallen.

—¿Qué rábano?

—El periódico.

—No sabía que existiese.

—Tómelo usted.

—¿Por las hojas?

—Por cualquier parte. La cuestión es que usted lo lea.

—¿Que dice?

—Que soy un grande escritor.

—¿Usted?...

—Sí, señor, yo mismo. Tenga usted, tenga usted un ejemplar; ¡verá usted qué estilo, que gracia y que humorismo los de Pimiento!

—Vamos; será un pimiento dulce.

Pero ¿y cuando el pimiento es picante, es decir, cuando el escritor de tantas malas costumbres y el crítico de tantas pésimas obras dicen la verdad á los necios, á los vanos y á los ignorantes.?

Entonces es un horror lo que pasa.

Un revistero, pongo por caso, en su afán de hacer frases más ó menos ingeniosas, escribe un día, hablando de artes y oficios, algo semejante á esto:

«El zapatero es, de todos los artesanos el más holgazán é indolente; hasta para trabajar se sienta.

«Es rastrero porque vive de lo que todos pisan.

«Servil, porque siempre está á los pies de sus parroquianos.

«Deshonesto porque comercia en cueros.

«Y el único don que tiene, es el de dar cartón por suela.»

Estas y otras frases se publican, el periódico circula, y al día siguiente el revistero recibe mil visitas de otros tantos maestros de obra prima.

—¿El Señor de Olmo?

—Servidor de usted.

—Pues venia....

—Siéntese usted.

El zapatero cree que el periodista lo dice con segunda intención, y contesta con retintín:

—Aunque trabajo sentado, me tengo en pie.

—Como usted quiera.

—Pues, como iba diciendo, venia á que usted rectificase.

—¿El qué?

—Yo soy zapatero.

—Por muchos años.

—Y, como usted sabe, tenemos que arreglar cuentas.

—Usted padece una equivocación; yo nada.

debo á zapatero alguno.

—No; si no es eso. Ustedes la gente de pluma, saben mucho; pero á mi no hay quien me la dé: ¿usted comprende?

—Si no se explica usted más claro...

—¿No es usted el señor del Olmo?

—El mismo que viste y calza.

—¡Y vuelta á las indirectas! Pues ayer he visto en el periódico una cosa con su nombre que... ¡la verdad! me ha ofendido.

—¿Como ha podido ser eso?

—Yo, aunque me esté mal el decirlo, soy zapatero; y usted ha dicho que soy un holgazán, servil, rastrero y que pongo cartón al calzado, en vez de suela.

—Yo no conozco á usted y, por tanto, mal puedo haberlo ofendido.

—Usted á dicho que el zapatero es...

—Si, señor; pero el zapatero son todos los zapateros del mundo, y ninguno en particular.

—Ahora no se trata de los otros; se trata de mí, que soy del oficio, y es necesario que usted rectifique diciendo que Juan Lezna es un zapatero honrado y laborioso, que sus botas y zapatos son de un material excelente, que vive en la calle de tal, número tantos, y que vende al género á precios económicos.

—Pues pase usted por la Administración y pague el anuncio.

—Es decir ¿que usted no rectifica?

—No, señor.

—Entonces, nos veremos.

—Ya nos estamos viendo.

—Le pondré á usted las peras á cuartos.

—Así las comeré mas baratas.

—¿Se burla usted?

—Puede pensar lo que quiera.

—¿Es que yo!...

—¿Que?

—¡Nada hombre nada! No hay que incomodarse por tan poco. Míreme usted á mí, que no soy rencoroso con nadie. ¡Caramba y que genio! Con que... lo dicho, y ya sabe usted donde tiene su casa, y si se le ofrece un par de botas....

—Si, señor; tal se van poniendo las cosas, que necesitare unos zapatos con bigoterías de metal.

—¿De metal!—¿Para qué?

—Para rectificar con ellos, en cuantas personas se den por aludidas de mis escritos.

Si la rectificación en vez de ser en visita, es en forma de remitido ó comunicado ¡Jesús que apuro! Si se publica deja á su firmante en paños menores; y si no, le demandan á uno ante los tribunales, con cuya sentencia quedase el interesado en estado peor. En paños ínfimos.

Si el zapatero es un remendón literario, la cuestión toma proporciones alarmantes. El individuo pide, por medio de dos amigos, rectificación y satisfacción; ¿Le ha llamado usted

mal poeta? Pues entienda que se ha dudado de su honradez y exige un acta en la cual se afirme que es un perfecto caballero. ¿Ha dicho usted que tiene más rípios que versos? ¿Que no escribe en castellano? Pues ve una alusión en la que se ataca la fidelidad de su esposa y pide otro documento que atestigüe el honor de su conyugue.

Novelistas charles, líricos memos, dramáticos sin pies ni cabeza, improvisados escritores... todos la emprenden con el crítico, como si este tuviera la culpa de sus engendros. El escritor de costumbres se halla á su vez acosado por todos aquellos á quienes animan las malas pasiones que fustiga. Día vendrá en que el ratero se dé por ofendido y exija al periodista una reparación por denunciar á quien vive honradamente de su industria.

¡Calma, señores, calma, y el que sienta el golpe, quejese de sí mismo!

Recuerden ustedes las palabras de Figaro:

«A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si alguna caricatura por casualidad se pareciese á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecersele.»

Apliquen ustedes el cuento.

E. L. E.

CÍVICAS

De otro robo, y de otras tantas frustradas tentativas, deberíamos dar cuenta esta quincena,

Pero no lo haremos porque no se han descubierto los reos, ni recuperado las alhajas (pues al parecer quieren haberlas con negocios de esos) y por lo tanto mal podremos exclamar, por boca de alguno de los ladrones:

—¡Han sido falsas! No nos importe la causa. Si hay justicia en la tierra, condenarán á los robados á que nos den una indemnización.

Una de las tres cosas que siguen, ha puesto de relieve nuestro concurso de ses filles de la Purísima. Para algo pues al menos ha servido.

Ó han tenido á poco á *Siniüm* para honrarle con sus trabajos; ó no han querido hacer resaltar el acto de la peregrinación (para cuya único fin fué convocado) ó bien que ni saben honrar, ni pueden hacer resaltar tal cosa. ¿Cual será de las tres?

Ello nos hace recordar la siguiente anécdota: «Soleidad, Julia é Irene, tres hermanas bastante lindas y jóvenes de 15 á 20 años, eran visitadas por la mañana y por la noche, por un caballero licenciado en letras, elegante y buen mozo. Era tan sabio nuestro héroe ó amaba tan poco, que habia conseguido conquistar el corazón de las tres hermanas sin haberse declarado con ninguna, pero entusiasmándolas hasta un grado tal, que todo era, entre las pobres hermosas, disputas y cuestiones; amenazando turbar la paz de la familia y convertir la casa en un infierno.

«Para salir de esta situación penosa exigieron del joven que se declarase, y acosado y comprometido ofreció consignar en una décima el estado de su corazón, con respecto á ellas, pero con la condición precisa de que no había de estar puntuada, autorizando á cada una de las tres hermanas para que la puntuase á su manera. La décima es la siguiente:

Tres bellas que bellas son
Me han exigido las tres
Que diga de ellas cual es
La que ama mi corazón
Si obedecer es razón
Digo que amo á Soledad
No á Julia cuya bondad
Persona humana no tiene
No aspira mi amor á Irene
Que no es poca su beldad.

«Soledad, que abrió la carta, la leyó para sí y dijo á sus hermanas:

—«Hijas mías, la preferida soy yo, ó si no oid, y leyó la décima con la siguiente puntuación

Tres bellas que bellas son,
Me han exigido las tres,
Que diga de ellas cual es
La que ama mi corazón,
Si obedecer es razón,
Digo, que amo á Soledad;
No á Julia, cuya bondad
Persona humana no tiene,
No aspira mi amor á Irene,
Que no es poca su beldad.

—«Siento mucho desvanecer esa ilusión, hermana mía, dijo la hermosa Julia; pero soy yo la preferida; y en prueba de ello escucha;

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres.
Que diga de ellas cual es
La que ama mi corazón.
Si obedecer es razón
Digo, que, ¿amo á Soledad?...
No. A Julia cuya bondad
Persona humana no tiene.
No aspira mi amor á Irene
Que no es poca su beldad.

—«Las dos estais engañadas, dijo Irene, y el amor propio os ofusca, porque es indudable que la que él ama, de las tres, soy yo. Veamos;

Tres bellas, que bellas son,
Me han exigido las tres.
Que diga de ellas cual es
La que ama mi corazón,
Si obedecer es razón
Digo, que, ¿amo á Soledad?...
No. ¿A Julia cuya bondad
Persona humana no tiene?...
No. Aspira mi amor á Irene
Que no es poca su beldad.

«Quedaron en la misma duda, en la misma ansiedad, y determinaron salir de la incertidumbre exigiendo al joven la puntuación de la décima, el cual les envió una copia puntuada así:

Tres bellas, que bellas son:
Me han exigido las tres.
Que diga de ellas cual es
La que ama mi corazón,
Si obedecer, es razón
Digo, que, ¿amo á Soledad?...
No.—¿A Julia cuya bondad
Persona humana no tiene?...
No.—¿Aspira mi amor á Irene?
¡Que!... ¡no!... es poca su beldad.»

Excepción de la regla son las autoras de las tres composiciones recibidas. Lástima no podamos dar sus nombres á la publicidad para que puedan ser conocidas. Reciban nuestros plácemes.

De los tres trabajos el del lema *Moreneta* supera á los otros dos. Esto no obstante, su infantil estilo (lo que prueba debe tratarse de una *fille de la purísima* de muy corta edad pero con aptitudes y disposiciones nada vulgares) unido á su falta de argumentación, nos obligan, muy á pesar nuestro, á tener que dejar desier-

to el premio ofrecido, No desanimarse por esto. Otra vez será.

En atenta carta nos agradece *Niquinaque* en determinación que con su último escrito tomamos. Está en un todo conformes con nosotros en prueba de lo cual, nos promete continuar honrándonos con su colaboración. Se lo estímaremos.

No damos publicidad á la carta abierta, que dirigida á nuestro Director recibimos á su debido tiempo, por desconocer á su firmante. Ello no quita celebremos su modo y manera de pensar y tengamos en mucho la enhorabuena que nos remite. Gracias.

Fr. P.—Palma.—Remitimosle todos los números desde que se suscribió. Avise si no los recibe.

C. R.—Alaró.—Ha adivinado la solución del N.º 20. No se la publicamos por no considerarla oportuna. No hemos recibido el artículo que nos anunciaba. No podemos dar más datos sobre las charadas del N.º 21 por la sencilla razón de que hemos recibido ya soluciones de la mismas.

A. V.—Barcelona.—Tenemos establecido no servir suscripción alguna que no se pague por adelantado.

Han sido pagados y por lo tanto son valederos los recibos N.ºs 175-176-140-136-117-105-106-140-141-178-179-177-116-180-174-155-159-137-156-111 y 173, de la numeración de fuera de Sineu. Los restantes expedidos quedan nulos y sin valor, siendo baja desde luego en nuestras listas.

Dice *Soller* del 6 que cursa:

«El Domingo último por la noche, tuvo lugar en el teatro de la DEFENSORA SOLLERENSE la anunciada función de zarzuela por la compañía que dirige el Sr. Alcayna. La concurrencia fué numerosa.

La función resultó pesada y el público engañado, pues el personal era escaso y falto de condiciones. Las obras puestas en escena, amén de ser pesadamente representadas, son impropias para el público sollerense, que gusta de manjares más exquisitos y no de zarzuelas indigestas del género chico ó infimo que hacen, por su sabor inhumano, subir los colores á la cara de la mayoría de las personas que al teatro asisten.

Observamos que el público sollerense es continuamente engañado en lo que á teatros se refiere. ¿Hasta cuando durará su *bonhomie* ante los atrevimientos de los cómicos?»

Traslado á los *alcaynistas* sineuenses.

CUARTILLA SUELTA

Patriotismo de Focion—Condenado injustamente Focion, uno de los hombres más ilustres de Grecia, por la ingratitud de sus conciudadanos, y próximo ya á espirar, le preguntaron si no tenía algún encargo que dejar para su hijo.

Decidle de mi parte, contestó, que sirva á la patria con la fidelidad de que ya le he dado ejemplo, y olvide que una muerte injusta ha sido el pago de mis servicios

Amarilla volvióse
La rosa blanca,
Por envidia que tuvo
De la encarnada,
Teman las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

El gusano do luz—Un gusano de luz se hallaba entre el blando musgo de un bosque de encinas, ignorante de su diamantino brillo.

Un monstruoso sapo se acercó á hurtadillas hacia él, y le lanzó todo su veneno.

—Ay! que te he hecho yo? le gritó el gusano.

—Por qué brillos tanto!—le contestó el monstruo.